

## Los Libros

CONFESIÓN FILOSÓFICA.—Discurso de incorporación del Rector de la Universidad de Concepción, señor Enrique Molina, como miembro académico a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, 11 de noviembre de 1941. Con un discurso de recepción, por el profesor del Instituto Pedagógico, señor Claudio Rosales, edición separada de la revista ATENEA,

Cuando un discurso de incorporación a una entidad docente lleva, como el que pronunció don Enrique Molina en la Universidad de Chile, el título de «Confesión filosófica», el hecho de la incorporación y de los merecimientos que le han precedido se desvanece para quedar suplantado por este otro hecho, tremendamente decisivo, que es hacer una confesión de filosofía. Pues una confesión de esta índole sólo puede hacerse cuando tras ella se encuentra una vida llena de experiencias y de meditaciones, y la confesión nos ofrece entonces como el resumen de esta misma vida, que queda desnuda, desprovista de todo lo accidental para contraerse a su puro nervio. Lo que se nos da en este discurso de recepción, precedido de unas sentidas y certeras palabras de don Claudio Rosales, es, por consiguiente, algo más que un discurso y algo más también que una declaración de principios filosóficos: es una vida entera, una existencia que parece haber alcanzado su momento culminante. Y entonces es cuando se puede decir si esta existencia

ha sido fecunda o baldía, es cuando se puede anunciar si ha sido o no digna de ser vivida.

A esta cuestión podemos contestar en este caso de un modo resuelto: la vida de don Enrique Molina, resumida y como concentrada en su confesión filosófica, ha sido una vida fecunda, y esto es, a mi entender, lo más que puede decirse de una vida humana. Pues cada una de las frases de esta confesión, cada una de sus palabras nos está insinuando fragmentos enteros de esta existencia, nos está diciendo a gritos que ha sido no sólo hondamente meditada, sino también y muy en particular hondamente sentida. Si así no fuera, no habría en esta confesión lo que está rezumando en ella por todas partes; no habría lo que es fundamental en toda confesión filosófica: la sinceridad.

Ante esta sinceridad y ante esta fecundidad poco importaría lo que formalmente nos dijera una confesión de filosofía, pero en el caso presente hay, además, como por añadidura, un contenido filosófico digno de ser estudiado, porque en él resuena la voz de lo que Leibniz llamó, con la expresión más acertada posible; la filosofía perenne. La confesión filosófica de don Enrique Molina, es, en efecto, una piedra más sobre este glorioso edificio de la filosofía perenne que los hombres, desde los luminosos orígenes de Grecia, se han empeñado en construir.

Un examen un poco a fondo del contenido de esta confesión nos llevaría, sin duda, demasiado lejos, y no sería adecuado a lo que por el momento quiere ser una nota anunciadora de su aparición en letra impresa. Pero no podemos dejar de subrayar en ella algunos caracteres esenciales, solicitando de quien tenga mayores conocimientos y mejores títulos la cuidadosa atención que le es debida.

Don Enrique Molina ha hecho algo que en filosofía es poco común: ha vinculado la necesidad metafísica del hombre con la no menos imperiosa necesidad de un saber riguroso. Esto le ha conducido, a través de razonamientos que en esta confesión se insinúan tan sólo, pero tras los cuales adivinamos largas ho-

ras de inquietud y vigilia, le ha conducido, digo, a sostener decididamente el primado del ser sobre la conciencia. La clásica disyuntiva planteada por Fichte constituye uno de los más dramáticos momentos en toda existencia filosófica, y si don Enrique Molina se ha decidido, finalmente, por el ser, ello no ha sido seguramente el resultado de una actitud ligera. Ya he dicho que en el fondo de esta auténtica confesión de filosofía—y en la que aquí se examina de modo superlativo—hay toda una existencia humana, que alcanza en este momento su plenitud, que llega en este instante a su madurez decisiva. Pero esta madurez sería imposible si no la hubiera precedido una larga y penosa deliberación, una interminable busca del sentido de la totalidad de las cosas. Cuando don Enrique Molina se decidió por el ser, tuvo ya hecha la mitad de su confesión filosófica, la mitad de su vida. Mas esta vida debía ser completada, porque en filosofía no basta decidirse, sino que debe acompañar a la decisión el amor a la verdad.

Decidirse por el ser es, pues, algo, pero no es todo. En última instancia, decidirse simplemente por el ser puede hacerlo todo hombre aun sin vivir esa extraña existencia que es la existencia filosófica. Por eso a don Enrique Molina no le bastó, desde luego, decidirse. Al lado del ser encontró la conciencia, encontró el espíritu, que fué precisamente el que se había decidido. ¿Cómo era posible solucionar esta contradicción? ¿Cómo era posible afirmar decididamente el ser sin renunciar al espíritu? ¿Cómo era posible sostener la coexistencia del espíritu con el ser?

Don Enrique Molina nos explica esto del modo más claro posible. La conciencia, el espíritu, proceden evidentemente del ser, pero ésta, por así decirlo, bartarda procedencia, no significa ni mucho menos que el espíritu y la conciencia sean poco valiosos. Todo lo contrario, Frente al ser, que tiene la máxima existencia y la máxima posibilidad, pero que parece mostrarse inerte y poco impetuoso, el espíritu y la conciencia se orientan

de un modo decisivo y orientan con ello al ser mismo, hacia lo más alto que es posible alcanzar en este mundo; hacia el valor.

Esta orientación hacia el valor que, partiendo obscuramente del ser, se manifiesta claramente en el espíritu es precisamente lo que hace posible someter a armonía esto que parecía tan contradictorio, es lo que hace posible que concuerden un saber riguroso y una necesidad metafísica. Cuando don Enrique Molina llegó a este momento, la disyuntiva que había planteado Fichte debía parecerle ya desprovista de su primitivo dramatismo. Entonces se introdujo en la vida del filósofo esa serenidad sin la cual es imposible la confesión filosófica. Al reconocer el primado ontológico del ser y el primado axiológico del espíritu, la confesión de filosofía pudo ya ser formulada con la claridad, con el rigor y hasta con el entusiasmo con que don Enrique Molina la ha podido formular.

De esta confesión se desprende así la necesidad no sólo de reconocer el espíritu, sino también de alistarse bajo la bandera del espíritu. Y alistarse bajo esta bandera significa orientarse en cada uno de los actos de la vida humana hacia aquellos valores que el hombre parece desgraciadamente empeñarse en hundir: hacia los valores del bien, de la belleza y de la verdad. Oigamos la misma voz de don Enrique: «Alistarse en la aventura del espíritu, arca del valor, buscador de lo cierto y creador del bien y de lo bello, es lo que ha aconsejado siempre la actitud filosófica, es lo que pide ahora el signo señalado por los nuevos tiempos en los cielos de América, es lo más noblemente humano, y, quizás, dentro de lo que nos es dado alcanzar en la Tierra, lo único posiblemente divino».—JOSÉ FERRATER MORA.